

'EL MAS MARX DE LOS HERMANOS MARX. GROUCHO'

DIEGO GALAN

El más Marx de los hermanos Marx, como lo definiera Vázquez Montalbán para una canción de Guillermina Motta (1), ha muerto a los ochenta y seis años, después de una larga enfermedad y un extraño "affaire" económico: el organizado por su hijo acusando a la enfermera de su padre de estar envenenándolo, al ser ella la principal beneficiaria de su testamento. Hace cinco años tuvo Groucho su última aparición pública en Europa, con motivo del homenaje que se le dio en el Festival de Cannes. Ya entonces hablaba de su muerte: "Me han hecho este homenaje porque creen que me voy a morir este año y se han dado prisa". Estamos viendo la desaparición de los grandes de Hollywood, como hemos vivido ya la desaparición del gran Hollywood, el final de una época controvertida, que, a pesar de los pesares, encerró dentro obras tan geniales como la que el propio Groucho (en compañía de sus hermanos Chi-

(1) "Guillermotta en el país de las Guillerminas", Ariola-Eurodisc.

co y Harpo) representaba. Groucho estaba en la clave del cachondeo, de una facultad para saber reírse de cuanto le rodeaba, de cuanto precisamente le hacía popular: "No estoy seguro de cómo me convertí en comediante o actor cómico. En cualquier caso, me he ganado la vida muy bien haciéndome pasar por uno de ellos".

Evidentemente, se ganó bien la vida. No ocultó nunca su pasión por el dinero, por lograr la meta de una vida acomodada y fácil. Su historia es típica: hijo de una familia humilde ("Mi padre, que era sastre, aunque esta era una idea que sólo él sustentaba, tenía unos ingresos semanales que oscilaban entre dieciocho dólares y nada") de origen judío, Groucho era capaz de obsesionarse por el dinero y reírse de él al mismo tiempo, como se reía también de cuantas costumbres, normas, tabúes y tipos encontró en su vida. Era la caricatura de una época y su propia caricatura. Entendió que la vida era una continua mentira, y lo puso en práctica: "No debe usted mostrarse demasiado severo

con nosotros, porque hablamos descubierto, al principio de la vida, que las mentiras continuas y consistentes eran el único camino para sobrevivir"

Esas mentiras son para Groucho la base de una picaresca tamizada por el "burlesque" americano y el "music hall", lo que comporta finalmente lo que se ha dado en llamar la "estética judía". El arma esencial para Groucho era la palabra, no dejar nunca de hablar, callar al contrario con una respuesta cualquiera (adecuada o no, era lo mismo). Como contrapunto a su verborrea tenía a Harpo, que sólo podía comunicarse con extraños sonidos, que a su vez Chico interpretaba según le convenía. Los tres hermanos (los dos restantes fueron sólo actores ocasionalmente) podían aunarse o enfrentarse en cada película, pero coincidían siempre en ser seres marginados (por pobres y judíos) y en querer ascender destruyéndolo todo. Para esa destrucción, nada mejor que utilizar la "lógica" cotidiana:

Chico.—Un coche y un chófer cuestan demasiado. He vendido mi coche.

Groucho.—¡Qué tontería! En su lugar, yo hubiera vendido el chófer y me hubiera quedado con el coche.

Chico.—No puede ser. Necesito el chófer para que me lleve al trabajo por la mañana.

Groucho.—Pero, ¿cómo va a llevarle si no tiene usted coche?



Los Marx, un trío que revolucionó el "burlesque" por medio del absurdo.

"EL MAS MARX DE LOS HERMANOS MARX: GROUCHO"

Chico.—No necesita llevarme. No tengo trabajo (2).

Los hermanos Marx nunca dirigieron sus propias películas (con lo que se diferenciaron de otros cómicos judíos: Chaplin, Jerry Lewis, Woody Allen...), pero es obvio que eran los inventores de las situaciones de todas ellas, que improvisaban sobre la marcha, destruyendo desde el interior la respetabilidad de un rodaje. De ahí su ocasional enfrentamiento con algunos de los directores de turno (Sam Wood, McLeod...) y su profundo respeto, por el contrario, hacia Irving Thalberg, el productor que aceptaba y permitía sus originalidades.

Groucho amaba frenéticamente a las mujeres, pero mientras que Harpo las perseguía enamorado, él las seducía sólo a condición de que fueran ricas. Su eterna contrincante fue generalmente la excepcional actriz Margaret Dumont, con la que Groucho mantenía este diálogo en "Sopa de ganso" (1933):

Groucho.—¿Y su marido?

Margaret.—Murió.

Groucho.—Eso es un pretexto.

Margaret.—Yo estuve cerca de él hasta el fin.

Groucho.—No es sorprendente entonces que se muriera.

Margaret (llorando).—Yo le tenía en mis brazos, le besaba...

Groucho.—¡Ah! ¡Ah! ¿Se trata de un asesinato, eh?

Margaret.—... me dejó toda su fortuna.

Groucho.—¡Ah, mi señora!

(2) De la película "Plumas de caballo" ("Horse feathers", 1932).

¿Entiende usted lo que quiero decirle? ¡La amo!

Margaret.—¡Oh, excelencia...! Groucho.—Porque, además, bien visto, no está usted nada mal...

Condenados por Mussolini, quien prohibió en Italia la exhibición de las películas del trío, y acusados en un mitin pronazi (Nueva York, 1939), de "típicos productos de la cultura comunista", Groucho Marx, sin embargo, no tuvo nunca una definición política partidista. Sus simpatías se dirigían siempre a políticos concretos. Uno de ellos, Truman (el presidente de la bomba de Hiroshima), al que tuvo ocasión de enviarle una carta y entablar una amistad: "No sé si se acordará usted de mí, pero soy este tipo del bigote negro, con gafas y calvicie galopante que, espero, le parte a usted de risa todos los jueves en la televisión. Sólo quiero con esta carta añadirme a las miles que habrá recibido deseándole un pronto restablecimiento y muchos años de vida feliz a nuestro ex presidente vivo. ¡Ah, se me olvidaba que Hoover debe estar en alguna parte todavía!".

Ese bigote de Groucho (pintado con tizón negro y no natural, sólo fue real en su primera película) es la representación de su auténtico compromiso social. En el anarquismo de sus gestos, de sus posturas ante la vida, en la "lectura" de sus películas habrá que encontrar, antes que en sus contradictorias declaraciones privadas, el auténtico compromiso político de su trabajo.

De un trabajo, desgraciadamente, interrumpido un día para el cine (con alguna esporádica aparición posterior y una más continuada colaboración para la televisión), cuando, subido a una escalera y agitado por ventilador, dice que pensó: "Groucho, viejo amigo —y créeme, eres un viejo—. ¿no te parece que ésta es una manera ridícula de emplear

los pocos años de vida que aún te quedan?" (3).

La muerte de Chico en 1961 ("Sin él no hay posibilidad de que los hermanos Marx continúen. Pobre Chico. Pobres de nosotros") y la de Harpo en 1964 ("Su muerte ha dejado un gran vacío en mí. [...] Adoraba la vida y la ha vivido alegre y profundamente. No se puede hacer un epitafio mejor") relegaron a Groucho a una vida más tranquila. La publicación de sus memorias, de su correspondencia (4) y la "intensa vida privada" de la que siempre hizo gala, no le dejaban, sin embargo, de contemplar con amargura el ocio de sus últimos años. Así lo describía a un amigo en 1965:

"Como tantos otros amigos, tú también pareces inquietarte por mi inactividad profesional. Te preguntas cómo pasan nuestros días. Das a entender que debemos aburrirnos. Y yo, en respuesta a eso, no puedo más que decirte: Dios mío, qué poco me conoces..."

"Déjame contarte una jornada típica de mi vida. Salto de la cama con las primeras luces de la aurora. A las siete en punto me zampo un zumo de naranja, una tostada, una pizquita de mermelada y un cortadillo de Déca. Después de haberme lavado los dientes, veo en la televisión los maravillosos programas infantiles de dibujos. A las nueve me echo la siesta hasta mediodía. Luego viene el almuerzo. Me tomo un bote de Millical y una loncha de pescado. Después del almuerzo me echo la siesta hasta las dos; luego veo los maravillosos programas 'Huckleberry Hound' y, si mi mujer ha salido a

(3) Aparecía posteriormente junto a Marilyn Monroe en "Amor en conserva" ("Love happy", 1948) y "Skidoo" (1969).

(4) De estos libros se han extraído los restantes fragmentos de sus declaraciones: "Groucho y yo" (Tusquets, editor, 1975) y "Las cartas de Groucho Marx".

hacer compras, 'Tribunal del divorcio'. Después de eso me lavo los dientes y me echo la siesta hasta las 17,30. Las 17,30 es el momento que aguardamos con impaciencia. Lo llamamos la hora del cóctel. Tomamos cada uno un vaso de zumo de ciruelas, un canapé de queso y una bolsita de caramelos. A las 18 horas hacemos nuestra gran comida: yogur sintético, 'calva maison' y un poquito de pipas de girasol. A las 18,20 vemos 'Soupy Sales' y sus amigos tan graciosos (a juzgar por lo que se ríen entre ellos). A las 19 nos sentamos en dos sillones de respaldo recto y, cara a cara, nos cogemos las manos. A las 19,30 vemos 'La tournée del consumidor', después 'Seguridad Social y tercera edad' (...). A las 20 horas nos tomamos dos Sonuctane, tres aspirinas y una dosis de LSD y nos vamos al país de los sueños, en la espera febril de las emociones que el día siguiente nos reserva".

Era un preludio de la muerte, aunque no del olvido (todavía se reponían estas semanas en la televisión americana algunos de sus programas). La ruptura estética de los hermanos Marx, comparable, aunque distinta, de la de los Chaplin, Keaton o Mae West, no ha tenido grandes continuadores en su país: Lewis o Allen tienen otros límites, otras servidumbres. De ahí que la muerte (ahora real) de Groucho sea el final de una obra genial y única. El balance de su vida lo reducía él mismo en las últimas líneas de su libro:

—¿Es usted, verdad? ¿Es usted Groucho?

Asenti con la cabeza.

Entonces ella me tocó tímidamente en el brazo y dijo:

—Por favor, no se muera. Siga viviendo siempre.

¿Quién podría pedir algo más? ■ D. G.



Groucho, el mujeriego, con Marilyn Monroe, Margaret Dumont y Carmen Miranda.